

SÉPTIMA CONFERENCIA
LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA MILITAR
EN LA ACADEMIA MILITAR
DE ESTADOS UNIDOS

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA MILITAR EN LA ACADEMIA MILITAR DE ESTADOS UNIDOS

Por María del Pilar Ryan y John W. Hall*

General Bernal, señoras y señores:

Ante todo deseo manifestar mi agradecimiento al teniente general Bernal y a la Comisión Española de Historia Militar. Es un honor para mi estar ante ustedes. Mis superiores en West Point les envían un cordial saludo. Todos nosotros esperamos que esto sea tan sólo el comienzo de una relación fructífera para nuestras respectivas instituciones, que comparten la misión de formar a nuestros cuerpos de oficiales.

Me gustaría comenzar por aclarar que yo no soy la jefa de la Sección de Historia Militar del Departamento de Historia de West Point. En realidad soy jefe de la Sección de Historia Internacional. El Departamento de Historia tiene tres Secciones: Historia Militar, Historia de América, y el resto, que se engloba en la Sección de Historia Internacional. Mi Sección, por tanto, es la responsable del programa del curso de Historia del Mundo que se imparte a los nuevos alumnos que se incorporan a West Point, así como de los cursos optativos de Historia de Europa y los optativos de Historia Internacional e Historia de la Estrategia. Mi formación académica es de historiadora de la Edad Moderna en España, y mi formación profesional es la de oficial de Inteligencia Militar y Estrategia. Como todos ustedes saben, los militares no siempre tenemos en cuenta todas las habilidades de cada uno a la hora de asignar obligaciones, pero en mi caso, ha sido una decisión apropiada. Soy responsable del desarrollo curricular de mi Departamento. Precisamente, durante este último año hemos revisado el modo en que deseamos enseñar a los alumnos sobre su propia civilización y la civilización de otras culturas. También, hemos trazado el borrador de las opcionales a través del Departamento de Historia. Éste ha sido el cambio más importante de nuestro programa de estudio. Nuestro Departamento en West Point se

fundó oficialmente en el año 1979. Esto no quiere decir que en el pasado no se hayan realizado cambios a través de estos 37 años; realmente los ha habido, pero no se realizaron de un modo tan amplio y estratégicamente como ahora. En este momento que se acaban de completar los cambios, todos los miembros del Departamento dirigen sus objetivos para formar graduados en Arte Militar. Entendemos Arte Militar en el sentido tradicional que engloba la palabra Arte en inglés, es decir, filosofía y letras. Este es el sello de la educación militar en West Point. Como el resto de nuestro currículo, a lo largo de los años se han ajustado algunos aspectos, atendiendo tanto el lado académico y como el operativo. En la revisión que hemos realizado, hemos analizado cuál es el sentido de nuestra misión y crearemos un programa que refleje esta misión. Los ajustes realizados previamente fueron intentos positivos para mantenernos académica y militarmente competentes. Esta revisión estratégica que proponemos será más que una reacción para sacar fuerzas hacia fuera. Medirá nuestro programa tomando como patrón la misión única que tenemos encomendada, la de desarrollar líderes con carácter que dedicarán sus vidas al servicio de la nación desde Ejército de Estados Unidos.

Con este fin, otro oficial y yo hemos intentado determinar un punto de arranque para la revisión. ¿Cuáles son los conflictos en el campo de la historia militar, y cuáles son las tensiones que nos surgen cuando tu misión va más allá de lo meramente académico? Cuando una entra en una clase sabiendo que tus cadetes estarán en Irak en menos de un año, ¿qué es lo que debes enseñarles? Y cuando tus antiguos alumnos regresan de Irak sólo para ser enterrados en el cementerio de West Point, ¿qué es lo que desearías haberles enseñado? ¿Les enseñas lo que necesitan saber in sus primeros cinco años de carrera profesional, o en el vigésimo quinto año? ¿Les enseñas la historia del arte operativo de la guerra, o les enseñas el nivel estratégico de la guerra? Si bien muchos cadetes eligen estudiar su historia como asignatura principal, la mayoría de los cadetes aprenderán historia militar durante los dos semestres obligatorios de Historia del Arte Militar. Queda algo de la manera en que mi generación estudió historia militar, a principios de los años ochenta, durante la guerra fría, que siga estando vigente, cuando los tenientes de hoy día se ven obligados a funcionar con independencia dentro de las complejidades de la guerra global contra el terrorismo? No tengo una respuesta que darles a estas preguntas. Lo que si espero es compartir con ustedes hoy nuestra ideas que nos llevaron a

revisar el programa de estudios de la historia militar en West Point. Estas ideas podrán ser rechazadas al final, pero servirán para inducirnos a la introspección, tanto en nuestra condición de oficiales como de miembros del profesorado del Departamento de Historia de la Academia Militar de Estados Unidos.

En Estados Unidos, al menos, la historia militar se ha considerado desde hace años como el pariente pobre de la Historia en sentido amplio. En tanto el padre de la Historia, Tucídides alcanzó su reputación escribiendo acerca de las guerras, la siguiente generación de historiadores militares ha tenido que contar con la aprobación de sus más conspicuos colegas, estos entienden la disciplina “política y moralmente cuestionable»⁽⁶⁹⁾. En el corazón de la cuestión yace la simple pregunta ¿de qué sirve todo esto? Como Richard H. Kohn sugiere, toda historia útil es una conversación en el presente acerca del pasado para obtener un beneficio en el futuro. No obstante, una importante proporción de alumnos de historia militar estudian la asignatura no para evitar futuros conflictos, sino para combatirlos con éxito. Ciertamente, el estudio serio de la historia militar con fines profesionales se originó en la *Kreigsakademie* prusiana del siglo XIX –una institución con escasa fama de contribuir a mejorar la condición humana-. Todavía, el Ejército de Estados Unidos y muchos militares de Occidente continúan estudiando la historia militar en el sentido del modelo prusiano y son reticentes a incorporarse a la nueva corriente historiográfica de la “nueva historia militar”, que examina todas las dimensiones sociales de los conflictos, prefiriendo sin embargo tratar el desplazamiento del cañón y los efectos del terreno⁽⁷⁰⁾. Esta conferencia, como ya pueden ver, pretende demostrar que el sentido de la utilidad de la historia militar ha cambiado sustancialmente durante los dos últimos siglos, y muy especialmente en la última década y que los oficiales militares profesionales deben actuar sabiamente dejándose llevar por los historiadores de la “nueva historia militar”.

Durante siglos, el estudio de la historia militar era suficiente para alcanzar una educación profesional. Realmente, el autodidactismo era la única educación posible para cualquier aspirante a líder militar, como los *Comentarios* de César, las *Guerras*

⁶⁹ John A. Lynn, "The Embattled Future of Academic Military History," *The Journal of Military History* 61 (1997): 782.

⁷⁰ See Peter Paret, "The New Military History," *Parameters* 31 (1991): 10-19.

del Peloponeso de Tucídides y otros trabajos similares en un *corpus* informal de literatura profesional que se extendía a cada nuevo conflicto. En ausencia de una formación específica, los oficiales se contentaban echando raíces con el estudio de casos históricos para alcanzar fórmulas milagrosas y así lograr el éxito militar. En un sentido más amplio, esto contribuyó a la identificación de los inmutables principios de la guerra, y para la mayor aplicación específica esto supuso la búsqueda de lo que ahora llamamos “lección aprendida” (entre comillas). Por tanto, los trabajos de historia militar suministraron los manuales sobre el “cómo”, que ayudaron a los oficiales a llenar el vacío de su propia inexperiencia.

Semejantes estudios estuvieron a discreción de cada oficial hasta el siglo XIX. Las academias militares de Occidente poco a poco siguieron el modelo prusiano y la historia militar formó parte del currículo profesional para ser oficial profesional. El mismo Clausewitz justificó el objetivo de su instrucción cuando reclamó que el más antiguo de los casos de estudio (o ejemplos históricos) era el menos útil para los estudiantes. La mayoría de los estudiantes podrían objetar que la noción de historia con el paso del tiempo carece de utilidad, lo cual es importante para reconocer el final de la teoría de Clausewitz aplicada a la historia militar. Bien entrado el siglo XX, los oficiales militares podrían aprender su oficio sólo a través de la experiencia y del estudio de la historia militar. Dado que los estudiantes estaban poco dispuestos, o simplemente se sentían incapaces, para comenzar los ejercicios de la guerra fuera de clase, los ejércitos de Occidente prepararon a sus oficiales a través del estudio de la historia militar.

En el fondo de la cuestión, la teoría sobre la historia militar de Clausewitz es su falta de utilidad como herramienta de formación. Antes de la llegada a gran escala de la formación colectiva a comienzos del siglo XX, “ir al campo” significaba ir a la guerra, la mejor de todas las escuelas posibles, aprender a golpe de martillo. La historia militar ofrecía un aprendizaje subsidiario sin derramamiento de sangre o pérdida del tesoro. En esencia, el estudio profesional de la historia militar en el siglo XIX vino a ser lo mismo que la actual “revisión después de la acción” de campañas históricas, que permite a los oficiales aprender de los aciertos y errores de los otros. En la búsqueda de las “lecciones aprendidas” (o en el léxico del revisión después de la acción, “sufrir” y “mejorar”) los dividendos pueden ser considerables, todavía mayores si los estudios son recientes y la importancia incuestionable. En este

sentido, la retirada por parte de Clausewitz de los clásicos temas de estudio tiene sentido: él estaba interesado en formar oficiales para que desarrollaran su misión. En este escenario, el libro de Jena-Auerstedt era más valioso que la obra de Cannae. El valor de un posible caso de estudio podría ser mayor si los estudiantes fueran capaces de caminar de hecho sobre el terreno en que el tuvo lugar la batalla.

La fórmula docente que a lo largo de la historia militar ha dado los mejores frutos, sigue siendo un elemento esencial en la formación de oficiales occidentales in el siglo XXI: la explicación sobre el terreno del desarrollo de una batalla. Se trata de uno del los vestigios más venerables e instructivos del estudio profesional de la historia militar en sus comienzos. Esta fórmula deja patente el valor de la historia militar aplicada como herramienta de formación. Los oficiales, en su recorrido por los accidentes clave del terreno y posiblemente de las fortificaciones donde se desarrolló una batalla concreta, comentan los efectos que la orografía y las decisiones de los jefes militares del bando contrario tuvieron sobre el curso de la batalla. Cualquiera que haya participad en una de estas actividades puede atestiguar que su comprensión de la batalla sometida a estudio crece exponencialmente a lo largo del ejercicio. Además, dependiendo de la disposición del profesor que la dirija, suele tratarse de una actividad muy amena. Tanto, que sólo los alumnos más escépticos se harían la pregunta que planteamos al comienzo de este estudio: ¿para qué todo esto?

Para Clausewitz y sus alumnos, la respuesta es muy simple. Ante la ausencia de equipamientos de simulación con láser tipo *Miles* del Centro Nacional de Formación de Fort Irwin, California, y de sofisticados sistemas de localización, los militares del siglo XIX recurrían a la técnica es la equivalente a la rotación del Centro Nacional de Formación. Sin capacidad de realizar formación de importancia más allá de la instrucción para el desfile, los oficiales de Estado Mayor y los jefes por encima del nivel de jefe de batallón aprendían lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer mediante el estudio de las acciones de otros. Los debates en estos ejercicios sobre el terreno de decisiones críticas, la utilización de la orografía, y otros cuestiones parecidas son más que meros comentarios banales. Esto es, de hacho, lo que se conoce como la explicación sobre el terreno de una batalla.

Pero qué puede enseñar el moderno cuadro de profesores o mandos acerca de las líneas de presión en Gettysburg? Seguramente el cuadro de profesores no pretendía entrenar a aquellos oficiales en el desarrollo de sus obligaciones. ¿Qué mando, después de todo, prepara a su unidad para ir a Irak y decide, antes de su marcha, que sus oficiales visiten Guilford Court House, un lugar de gran importancia en la Revolución Americana? Claramente, el estudio profesional de la historia militar ya no es lo que era antes, por el simple hecho de que la historia militar se considera menos útil para la preparación de los oficiales que el entrenamiento.

Durante siglos, la historia militar se presentó (aparentemente) con un papel indispensable, únicamente fue suplantada por el sofisticado aumento de las maniobras y simuladores que al mismo tiempo avanzaban en el concepto de “lección aprendida” y en la experiencia. Si damos a elegir entre ir en rotación al Centro Nacional de Entrenamiento y al ejercicio práctico de Normandía, cualquier cuerpo de mando elegiría lo primero, y con buen criterio. Por desgracia, el cuadro formativo práctico ha degenerado de una verdadera oportunidad de aprendizaje profesional de un oficial en una agradable diversión, importante de cara a justificar los gastos del Gobierno, pero normalmente valorado como un simple ejercicio que forma parte de las tradiciones de una auténtica parte de la educación formal del oficial.

Esto no quiere decir, de todos modos, que haya sobrevivido únicamente la utilidad pragmática del ejercicio práctico del cuadro de profesores. Además, nadie se queja de que el estudio de la historia militar haya caído con el paso del tiempo. Pero esta conferencia quiere hacer ver que efectivamente la utilidad de la historia militar se ha depreciado con el tiempo y que es necesario acercarse a la disciplina con nuevas aportaciones para optimizar su estudio. Los viejos dogmas pueden desacreditar aún más la disciplina entera. Como hemos dicho antes, los estudiantes de historia militar tradicionalmente usan la disciplina para uno o dos objetivos generales, que son: identificar los permanentes “principios de la guerra” y sacar la “lección aprendida” y su aplicación actual. Sobre el primero, Henri Antoine de Jomini tiene todo salvo los libros cerrados (pretendía pontificar, ya lo sabe todo). Estudiando las hazañas de Napoleón, Jomini pretendía reducirlas a una simple fórmula para lograr el éxito. La siguiente generación de oficiales formalizó un pensamiento lineal y una receta; los principios de Jomini ofrecían una interminable lista de control de cosas para realizar en el campo de batalla.

De un modo parecido, esto continúa influyendo hoy día sobre el “pensamiento militar americano”. Es cierto que esos principios suministran muchos de los criterios por los cuales las unidades son evaluadas cuando son sometidas, tras un ejercicio de entrenamiento, al proceso de la revisión después de los hechos. Fundamentalmente, los principios pretenden asentar un concreto sentido común militar, esto es: concentrar el mayor número de tropas posibles en la zona de combate es bueno, la desunión de los mandos es mala, etcétera. Todos sabemos que los principios de la guerra son un resultado histórico y se convierten en instrumentos de gran utilidad para el análisis de los combates y campañas. Para esto es tan solo una mano de barniz en la educación de un joven oficial. Sin embargo, deberíamos centrarnos en la gran cuestión que antes hemos planteado. Es decir: entrenamiento y evaluación individual basada en los principios de la guerra, o por el contrario, lectura y evaluación de los hechos históricos, en su propio contexto. Un optimista afirmaría que esto es un falso dilema, porque se realizan de hecho ambas cosas y se disfruta de los beneficios de cada ejercicio. Además, pocos oficiales pueden encontrar tiempo para realizar las dos cosas, dejando de lado, (¡oh ironía!), la elección académica. Al menos, las Academias Militares de Estados Unidos pueden demostrar la validez de los principios de la guerra a través del análisis de los hechos históricos. Después de todo, no obstante, esto viene a ser como un ejercicio de redundancia, pues resulta que triunfa el combatiente que toma la iniciativa, actúa con sorpresa, y concentra el mayor número de tropas. Aunque los cadetes en sus recursos de servicio pueden aprender importantes lecciones de este tipo de análisis, los oficiales más antiguos comprueban que ellos ya lo habían aprendido por experiencia propia.

Más problemático es el estudio de la historia para encontrar la “lección aprendida”. Ésta es una materia peligrosa ya que puede conducir al desencanto ante la disciplina. Algunos han pensado la locura que supone la búsqueda de “lecciones aprendidas”. El programa estratégico Hamlet en Vietnam proporcionó un estupendo (aunque infortunado) modelo de los peligros asociados a la Historia: buscando en los archivos para soluciones que están listas para usarse para los problemas actuales. Usado por el gran efecto en la campaña de la contrainsurgencia de la Malaya Británica (1948-1960), el programa de aislamiento de la población civil en campos fortificados para separarlos de las fuerzas insurgentes pareció especialmente aplicable para la situación en el sur de Vietnam en 1961, cuando el gobierno Diem

reformó su programa similar de Agrovilla basado en el modelo británico. A primera vista, los dos escenarios parecían similares: los gobiernos de Occidente fueron llevados hacia un anticolonialismo, la insurgencia comunista en las junglas del sureste asiático. Un análisis más profundo, no obstante, nos muestra unas diferencias evidentes. En Malaya los insurgentes eran principalmente de etnia china y no representaban la mayoría de la población, mientras que en el sur de Vietnam, los insurgentes y los habitantes de los pueblos eran los mismos, (de modo que el objetivo de separar la gente de los pueblos de los insurgentes resultaba complicada, si no imposible).

Centrándose en determinadas interpretaciones incorrectas, algunos oficiales son pesimistas en cuanto a la utilidad de la Historia. Un decano anterior de la Academia Militar de Estados Unidos, un científico social, recientemente ha comentado que él “no cree en las analogías históricas”. Él se adhirió a esta opinión gracias a innumerables historiadores que se avergonzaban de que alguien dijera “la Historia nos enseña...”. La realidad es que verdaderamente la historia no está lista para ofrecernos una “lección aprendida”. Parafraseando de modo diferente, la Historia no ofrece respuestas, y solamente el superficialísimo y el más inapropiado uso de la Historia finge que resuelve los problemas. ¿Por qué entonces estudiar historia? En resumidas cuentas, estudiar la historia militar arma a los mandos y a sus cuadros con una red conceptual que les permitirá proponer las preguntas adecuadas para analizar cada situación concreta y sus consecuencias. En el fondo, nosotros estudiamos historia no para obtener respuestas, sino para tratar de encontrar las preguntas adecuadas en cada momento (¿por qué comenzó el Programa Estratégico Hamlet en Malaya?). Todo esto hace que los hombres y mujeres reflexionen y se orienten para encontrar soluciones. Esta es la utilidad real de la historia militar.

Esta forma de abordar la historia no conduce en sí misma hacia una fácil acción o al desarrollo de un curso de acción, y por eso muchos lo encuentran desalentador o (todavía peor) sin utilidad. Por consiguiente, los mandos se vuelven hacia la Historia en casos de emergencia, cuando las coyunturas en las cuales se adiestran y su propia experiencia no proporcionan prontas respuestas rápidas. La actual guerra global Terrorista está repleta de evidencias de este fenómeno. Varios organismos de Estados Unidos históricamente han hecho esto al analizar multitud de interrogantes,

ya sea en el terreno de combate, ya sea en el terreno táctico (es una buena idea levantar construcciones civiles en las cercanías de un ataque), o en el terreno diplomático-estratégico (¿cómo las fuerzas contrainsurgentes han podido negociar con éxito la finalización de hostilidades con los líderes insurgentes?). La historia militar ofrece luces inestimables para estas preguntas y otras disciplinas basadas en la doctrina del adiestramiento las dejan sin respuestas.

Curiosamente, a causa de la naturaleza de estas cuestiones, está la teoría de Clausewitz de que los resultados de los estudios de los hechos históricos no se pueden aplicar a los hechos actuales. Los mandos en Irak no escriben al Centro Militar Histórico del Ejército de Estados Unidos para pedir datos históricos sobre las técnicas para despejar espacios urbanos, sino que preguntan acerca de la activación de la economía una vez que estos espacios han sido despejados. En el primer caso, el estudio de los ejemplos clásicos históricos ofrece muy poco interés. Semejante interés por la proximidad temporal no tiene nada que ver con el segundo. Suministrar toda la información existente: un ejemplo de estudio procedente del Imperio romano, podría ofrecernos tanto o más que un ejemplo del siglo veinte. Los viejos hábitos tardan mucho en arrancarse, y muchos oficiales son rápidos en abandonar los antiguos modelos por modelos irrelevantes. De acuerdo con el anterior director del Instituto de Estudios de Combate del Ejército de Estados Unidos, las referencias a cualquier asunto anterior a la Segunda Guerra Mundial son como una nebulosa en los ojos de los mandos. Irónicamente, el caso de estudio más reciente tiene menos valor porque simplemente refuerza la sabiduría convencional u otras lecciones ya convertidas en doctrina. Por ejemplo, las 100 horas de guerra en la primera guerra del Golfo es claramente menos valiosa en comparación con las actuales operaciones en Irak que el estudio de la revuelta persa de 1.920. Los organismos públicos quieren que los oficiales conozcan la historia militar para resistir a la tentación de ceder ante los deseos de los estudiantes y centrarse en los casos actuales. Hoy día, en general, la conciencia histórica del Ejército de Estados Unidos mira hacia atrás no más lejos de la Segunda Guerra Mundial, lo cual conduce a muchos problemas, formulaciones ahistóricas realizadas por nuestros oficiales (como aquella de que América se encontró a sí misma ocupada en una “nueva imagen” de tipo guerrera, o aquella de que la guerra fría fue el primer paso del

mundo de los poderosos para gastar gran cantidad de dinero en defensa con intención de disuadir la guerra en vez de llevarla a cabo.

Otra razón convincente para tomar parte en los ejemplos clásicos de la historia es la necesidad investigar más profundamente en la Historia. Con palabras sencillas, una variedad de ejemplos tomados de diferentes épocas y lugares proporciona a cualquier analista importantes y proporciona un importante salvavidas contra las evidencias efímeras. Precisamente los rápidos sucesos de 1939 no demostraban las inevitables consecuencias de la aparición de dictadores; la aplicación británica del Programa Estratégico Hamlet no predijo su éxito en Vietnam. ¿Por qué la evidencia de los casos actuales (y por tanto más atractivos) es incompleta, ambigua y conduce al error? Una mayor atención de la política de concentración de las poblaciones civiles debía haber incluido el examen de la guerra de los Borres o de la guerra Filipina (como la Emergencia Malaya). Por desgracia, estos casos de estudio parecen demasiado viejos y carentes de finalidad práctica; esto, es algo negativo. Porque la guerra Filipina ofrece en particular una importante y valiosa información sobre el tema. Aquí de nuevo los formadores de historia militar deben confrontar la inclinación de la mayoría de los oficiales, que desean los ejemplos históricos individuales para validar las propuestas del curso de acción. Por lo tanto, los oficiales pasan por alto los mejores ejemplos históricos por culpa de su época.

Para la permanente conquista del interés de los oficiales, hacia el estudio de la Historia, la profesión debe considerar el valor aplicable de la disciplina. Una historia militar crítica es mucho más útil para la "Preparación Inteligente del Campo de Batalla" que para el desarrollo del curso de acción. Esto representa un pequeño cambio en la aplicabilidad de la historia militar. Antes de la llegada de los ejercicios de entrenamiento colectivo, la principal utilidad de la historia militar era adiestrar a los mandos y oficiales en cómo luchar contra sus enemigos. Según mejoró la metodología de adiestramiento, la utilidad de la historia militar dirigida hacia este objetivo disminuyó con el paso del tiempo. Ahora, cuando las Fuerzas Armadas de Estados Unidos están de nuevo empeñadas en lo que tiene que ver con el término "artes militares sociales", se puede ver el mérito manifiesto de la investigación histórica. Aunque es difícil conseguir el consenso en el estudio de las guerras no convencionales, los investigadores son virtualmente unánimes en afirmar que las fuerzas convencionales a menudo pierden las guerras no convencionales por su

falta de comprensión conceptual de aquel tipo de guerra en la que están luchando. La historia suministra esta comprensión conceptual. Comprender las dimensiones culturales y sociales en este tipo de batallas es fundamental para alcanzar el éxito, y su conocimiento se consigue no en el Centro Nacional de Entrenamiento, sino con el estudio de la Historia. Afortunadamente para los oficiales, los historiadores profesionales de la historia militar han iluminado el camino que nosotros éramos reacios a seguir.

La “nueva historia militar” no es realmente nueva del todo. Sus huellas se remontan a los años sesenta del siglo pasado y representan, en parte, un intento de los historiadores universitarios de trazar un camino con sus colegas historiadores de otras especialidades. Toman prestado el método de los historiadores sociales. Los que cultivan la “nueva historia militar” han derramado inusual atención de los hechos y los protagonistas al margen del combate: la composición social de los ejércitos (para incluir además a los que van detrás del campamento), relaciones civil-militares, las consecuencias sociales y económicas de la guerra, etcétera. Por diversas razones, la mayoría de los oficiales e incluso algunos historiadores universitarios han mirado con recelo a la “nueva historia militar” y su acompañamiento de los estudios de “guerra y sociedad”.

Según John Lynn, “la esencia de la historia militar es el combate”, y el “énfasis en la historia social tiende a apartarnos del foco» (71). Los oficiales aplauden y siguen esta opinión, pues no quieren apartarse del foco de las operaciones en el estudio de la historia militar. Mientras que una audiencia militar profesional admite cierto beneficio marginal de estos estudios social-militares, nosotros no deberíamos ser demasiado rápidos en admitir la afirmación de Lynn acerca de la primacía del combate en la historia militar. Tradicionalmente esta acusación es irrefutable. Además, no hay duda de que el combate narrativo comprende lo más popular y toda clase de lecturas históricas, ya si la audiencia es militar o general (hay una razón por la que la mitad de los libros de Historia vendidos en un librería local en América son de historia militar). Otro debate que dejamos abierto es, si es estudio del combate, es la mejor aplicación de la disciplina de la historia militar realizada por profesionales.

Las Academias de Historia de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos –la mayor parte de ellas adheridas al modelo de la *Kriegsakademie*- han centrado sus objetivos en las batallas y en el nivel operativo de la guerra para aumentar experiencia en sus conocimientos históricos. Según Don Higginbotham, el objetivo de su instrucción:

“Es simular el combate, ofrecer a los oficiales revivir los acontecimientos como si estuvieran presentes y ocuparse de pleno en un ejercicio lleno de significado táctico» (⁷²).

Como Antulio Echevarria sugiere, la experiencia anterior es errónea porque:

“Tiene su origen, no en el pasado mismo, sino en la interpretación imperfecta y subjetiva del historiador, o sea, una recreación realmente dudosa» (⁷³).

Sin embargo, esta recreación ha llenado un vacío durante años, y ha sido mejor que nada. Pero su contribución ha venido a ser mucho menos significativa, como excelente entrenamiento ha suplantado a la historia militar. El adiestramiento tiene sus límites. Pocos oficiales en las Fuerzas Armadas de Estados Unidos habían realizado entrenamientos en la cuarta fase de operaciones –como, la estabilización y reconstrucción de una sociedad destrozada- antes de la primavera del año 2003. Realmente hemos sabido lo difícil que resulta esta tarea, y ningún ejercicio previo podría desarrollar los medios apropiados para poder llevarla a cabo. En este tipo de actividad militar, la cual no implica el poder del combate masivo en un determinado momento, la historia ofrece ventajas con las que el Centro Nacional Entrenamiento no puede competir.

La “nueva historia militar”, se interesa, por temas, que van más allá de lo que es el combate, estrictamente hablando. Como Paul Kennedy reconoce:

⁷¹ John A. Lynn, "The Embattled Future of Academic Military History," *The Journal of Military History* 61 (1997): 783.

⁷² Don Higginbotham, "George Washington and George Marshall: Some Reflections on the American Military Tradition," in *The Harmon Memorial Lectures in Military History, 1959-1987*, edited by Harry R. Borowski (Washington, D.C.: GPO), 1988.

⁷³ Antulio J. Echevarria, II, "The Trouble with History," *Parameters* 35, no. 2 (2005): 78-90.

“El Ejército de Estados Unidos puede ser llamado para luchar en cualquier parte entre Filipinas y Centroamérica”, y “esto es importante para comprender culturas extranjeras, su historia, la razón de los conflictos en estas sociedades, y la importancia de las rivalidades de las etnias/las tribus o sus creencias religiosas en la zona afectada. Estos son aspectos importantes que el Ejército ha analizado previamente» (74).

Aquí, la “nueva historia militar” ofrece algo que ningún entrenamiento puede ofrecer, ni los tambores ni las trompetas de la batalla narrativa; esto es: una comprensión conceptual del espacio de la batalla y su multiplicidad de actores.

Pocos podrían rechazar el valor de este tipo de estudios históricos en un momento en que aprecio cultural entre nuestros oficiales proviene de todas las esquinas. Alguien podría argumentar que estos tópicos sería mejor dejarlos en mandos más antiguos o en oficiales en áreas extranjeras, armados con el conocimiento de expertos de la cultura específica. La noción de la “estrategia del soldado raso” —el infante que puede hacer o deshacer un plan de guerra basado en el trato de sus viejas relaciones con un pueblo— sugiere la sabia decisión de extender los beneficios de tales estudios a todos los campos y especialistas. Además, el estudio de las sociedades y culturas en guerra construye una red de conceptos que no es de una región específica. No podemos olvidar que nosotros estudiamos historia no para encontrar respuestas o modos de actuar, sino para identificar la pregunta adecuada para preguntar cuándo y cómo dirigir la preparación inteligente del campo de batalla. Por eso, un examen de las causas de la guerra del Rey Felipe II en el año 1665 en Nueva Inglaterra; o por ejemplo, las consecuencias de la Insurrección Filipina Hukbalahap entre 1946 y 1954. Pueden arrojar gran luz a un oficial ocupado en operaciones en marcha. En otras palabras, el estudio de la “nueva historia militar” ofrece dos beneficios. En primer lugar: un conocimiento específico del caso que estamos considerando y, en segundo lugar, una metodología general de análisis histórico que arma intelectualmente a los oficiales para evaluar innumerables situaciones basadas en cuestiones derivadas de la Historia.

⁷⁴ Paul Kennedy, "The Fall and Rise of Military History." *MHQ: The Quarterly Journal of Military History* 3 (1991): 9-12.

Un oficial equipado así con sabiduría histórica está listo para comprender la dimensión de un conflicto frente a otros que dan poca importancia al conflicto convencional. Quizás, hacen esto, con una mirada crítica hacia todos aquellos que se alejan de la clásica historia de las operaciones militares. Por el contrario, no hay nada que sugiera que el Ejército de Estados Unidos sea capaz de impedir la “societal warfare” en el futuro. Realmente, parece que las Fuerzas Armadas dedican muchas más horas a los conflictos no convencionales que a los convencionales. Es más, el valor del estudio de las artes militares en su amplia dimensión es universalmente útil. Sin embargo, este no es el caso de la más tradicional historia narrativa de las batallas.

Esta conferencia, por lo tanto, analiza la importancia de la tradicional historia militar, que consiste fundamentalmente en las batallas y las operaciones militares, o en la importancia de la educación del oficial. La visita profesión de campos de batalla continúa desarrollando un papel importante, suministrando experiencia para grupos paritarios de cadetes y oficiales en un ambiente de aprendizaje. Además, la gran obra de Napoleón en Austerlitz y el comportamiento singular de América en Normandía merecen la atención que se ha prestado en West Point, Carlisle y puntos similares. Ciertamente, el papel de la historia militar en la educación de los oficiales ha cambiado con el paso del tiempo, y el adiestramiento sofisticado ha suplantado el análisis de las batalla como el primer fin de la enseñanza de los oficiales. No se puede enfocar la historia como una “lección aprendida.” La Historia puede ser ahora, relevada de su carga y se puede utilizar como una gran ayuda en la preparación del campo de batalla. Para este asunto, ahora, está mejor preparada. Para finalizar, ya más profundamente convencidos, los estudios de “guerra y sociedad” son más útiles que los que se centran exclusivamente en la narración de las batallas y de las campañas. La amplia perspectiva expuesta por este tipo de trabajos ofrece no solamente una ventaja para luchar en la próxima guerra, sino que al mismo tiempo nos entrega la llave para prevenirla. Quizá esta es la mejor respuesta al ¿para qué sirve todo esto?